

VII

BARBARIE DE OCCIDENTE

BARBARIE DE OCCIDENTE

Ko-MOURASAKI empieza á hablar así :

— La Perla era hermosísima, muy altiva, muy orgullosa y muy sabia. Como tú, Guitarra-de-Jade, se había entregado con pasión al estudio de la historia antigua y conservaba en muy alto grado el amor y el orgullo de su país. Ninguna como ella tenía el aspecto de una princesa de los pasados tiempos. Ella estudiaba las modas antiguas con minucioso cuidado y copiaba fielmente hasta sus más insignificantes detalles. En su casa todo estaba marcado con el sello de los tiempos que pasaron para no volver : tenía por pajes á escuderos vestidos con armaduras y armados con sables. Mejor que ninguna de nosotras hablaba el lenguaje de Yamato, la lengua del

siglo octavo, sin que nunca mezclase locuciones modernas. Y cuando sus amantes de una noche no eran nobles, les azoraba hasta el extremo de hacerles perder toda compostura, dirigiéndoles, con voz burlona, discursos en los que no comprendían una sola palabra.

A causa de todas estas cosas su celebridad era extraordinaria. De ella se hablaba de un extremo á otro de Tokio, sus retratos se exponían por todas partes, y hasta habían logrado retratarla fotográficamente por sorpresa, pues de buen grado nunca hubiera consentido semejante cosa. Todo lo que era moderno le inspiraba horror natural, y con tanto desprecio trataba á los jóvenes ataviados con los ridículos trajes de los occidentales, que ninguno se atrevía á presentarse ante ella sin vestirse antes el traje nacional.

Una noche dijeron á La Perla que un caballero muy rico, que de ella se había enamorado viendo sus retratos y oyendo hablar de ella, deseaba verla. Sin tardar, llamó á sus doncellas y se preparó para la presentación.

Ko-Mourasaki se detiene un instante para tomar aliento, sacude la pequeña pipa de plata para que la ceniza caiga en el platito de laca, y continúa su relato diciendo :

— La Perla avanzó lentamente como es costumbre para cruzar por delante de la puerta que daba acceso al salón de recepción, y al pasar miró de soslayo al hombre que le presentaban. Al verle, todo su cuerpo se estremeció, se arquearon sus cejas, crispóse con desprecio su boca, y sin saludar siquiera pasó muy de prisa indicando por señas á su sirvienta que se negaba á recibir al personaje. Era éste un occidental, un hombre muy alto de rojizo rostro, nariz grande, ojos azules y redondos, y barba cobriza y alborotada que le daba aspecto de bestia salvaje. La Perla volvió á su cuarto presa de grandísima irritación. Con el abanico deshizo las flores de sus ramos, rompió algunos vasos preciosos, y arrojó con rabia su túnica de ceremonia.

— ¿Cómo es posible que me insulten de ese modo? — exclamó. — A mí, que lo que más quiero en el mundo es mi país y á quien tanto hacen sufrir las costumbres nuevas hasta el extremo que vivo hundida en los recuerdos del pasado... ¿Cómo han podido creer que acogería con agrado á ese extranjero cuando sólo al verle todo mi cuerpo se ha estremecido de repugnancia?

Y regañó á sus doncellas porque no la habían

advertido. De haberlo sabido, ni siquiera se hubiera dejado ver.

Al siguiente día el extranjero se presentó de nuevo, pero la Perla, ya sobre aviso, se negó á dejarse ver. Hizo que le dijese que aun cuando volviese todos los días del año, siempre se negaría.

Pero desgraciadamente la pobre mujer olvidaba que era una esclava, y aquellos de quienes dependía se quejaron enérgicamente de su conducta. Sus fantasías resultaban ruinosas: su casa estaba montada como un castillo de los antiguos tiempos y su sostenimiento costaba enormes cantidades, y enviados especiales recorrían el imperio para adquirir para ella objetos antiguos que de día en día iban siendo más raros. Tan grande era su deuda que su vida entera no bastaría para pagarla á no ser que la casualidad procurase una ocasión extraordinaria. Y aquel occidental, fabulosamente rico y tan enamorado de ella, sobre todo desde que la había visto, la deseaba costase lo que costase, y estas palabras « costase lo que costase », en sus labios, no eran un modo de hablar, significaban que estaba dispuesto á libertarla por completo, á pagar todo lo que ella debía. Si rechazaba semejante ocasión, se verían obligados á vender

todo lo que en su casa había, á degradarla de su título de oirán, y á exponerla, como á las cortesanas de rango inferior, tras las rejas de los escaparates.

La Perla, no pudiendo hacer otra cosa, inclinó la cabeza sometiéndose, y declaró que recibiría al extranjero. Éste encargó un festín espléndido y contrató á los actores más célebres que representaron y cantaron acompañados por una orquesta completa. La Perla, inmóvil y silenciosa, asistió á la fiesta sin tocar á ningún plato, sin mirar, y ni una sola vez sus ojos se fijaron en el extranjero. Sus párpados se bajaban obstinadamente, y pálida y helada, más que mujer semejaba horrible fantasma. Terminado el festín se levantó y fuese á su habitación como si estuviese dispuesta á cambiar de traje. Su doncella la siguió instantes después, pero apenas hubo llegado al umbral de su puerta dió un grito espantoso que hizo estremecer de horror á cuantos allí estaban presentes. La Perla yacía en medio de un lago de sangre. ¡ Con un sable que había pertenecido al shogún Taiko-Sama, se había cortado la yugular!...

Al oír esto todas las oiráns hacen gestos que manifiestan su horror. Mariposita se tapa la cara, apoya la frente en el hombro de Joven-Sauce, y

ésta es la única que no pierde su impasibilidad de ídolo, limitándose á entreabrir sus delgados labios que adorna una manchita de oro.

— Esta muerte es digna de los pasados tiempos, — dice El Pájaro-Flor. — La Perla merecía haber vivido en las épocas heroicas que tanto había amado.

— No amó nunca otra cosa, — replica Ko-Mourasaki.

— Esto es precisamente lo que me sorprende, — arguye Guitarra-de-Jade. — ¿De dónde sacó el valor necesario para llegar á una muerte tan cruel? ¿En la sola repugnancia que le inspiraba un ser de otra raza? No quería á nadie, y á mi me parece que únicamente el amor puede dar el deseo y la fuerza necesarios para morir.

— ¿Y cómo sabes eso? — pregunta Mariposita: — Tú no sabes lo que es amor...

— Nadie ignora que he entregado mi corazón á una pasión imposible por un poeta divino que murió hace novecientos años. Eso me preserva de toda debilidad y me permite experimentar tranquila indiferencia por todos los hombres que recibo, pero, si tuviese que renunciar á mi sueño, que renegar de mi amante ideal, preferiría morir. Aun cuando un príncipe

me ofreciese su mano, haría lo que hizo La Cerceta-de-Seda.

— ¿Y qué hizo, qué hizo? Cuenta, cuenta, — suplica Mariposita, que sin duda quiere horrorizarse de nuevo.

— ¿Ninguna de vosotras conoce la historia de La Cerceta-de-Seda? Pues sin embargo es muy célebre, y sus retratos aun están expuestos en el Yosi-Wara.

— He oído hablar de ella, — contesta Ko-Mourasaki, — pero no conozco más que una parte de su historia.

— Si nuestra reina lo permite, — añade Guitarra-de-Jade inclinándose, — contaré lo que sé.

— Con vehemencia deseo oírte, — responde El Pájaro-Flor.

VIII

Á PESO DE ORO

VIII

Á PESO DE ORO

SIN ser muy antigua, no puede decirse que esa historia sea de hoy, — dice, para empezar, Guitarra-de-Jade. — Ocurrió en los tiempos que los señores llevaban aún sables, y en los que el Japón, cerrado á los extranjeros, conservaba celosamente las tradiciones y el perfume de las épocas que pasaron.... Hace treinta ó cuarenta años tal vez, Cerceta-de-Seda era, como nosotras somos, hermosa, indiferente y esclava. El cuidado de su persona, sus peinados y el manejo de su casa, eran las únicas cosas que la preocupaban, y ninguno de los hombres que recibía había conseguido conmover su corazón hasta el día en que se encontró con el samourai Kaido. Era vasallo de un príncipe muy desgra-

ciado que había sido vencido por una casa rival, y el pobre había visto devastados sus estados, destruido su castillo, pillado su tesoro, y había huido con su familia no se sabía donde. Como es natural, la ruina del señor había ocasionado la de sus servidores, y el encantador Kaido era muy pobre.

Cuando vino al Yosi-Wara, acompañaba á un amigo suyo muy rico, y sólo estaba invitado á cenar, pero Cerceta-de-Seda, que por primera vez había sentido palpitar su corazón, únicamente tenía ojos para mirarle á él. Y así fué que improvisó una outa que le dirigió :

« No puedo decir su nombre, pero ¡ oh dicha ! hay aquí un joven por el que gustosa daría la vida. »

Kaido, muy emocionado y aunque fingía indiferencia, había comprendido perfectamente. Y volvió en secreto y fué el amante adorado de Cerceta-de-Seda. Ella no quiso que siguiese pobre, y deseó ganar mucho dinero para estar en condiciones de enriquecerle : se veía adorada con delirio, y se sentía dichosa y llena de esperanza para el porvenir, pues el joven samourai le había prometido que en cuanto se asegurase una posición, la libertaría y se casaría con ella ; pero no fué esto lo que sucedió.

El príncipe soberano de Satsouma vió á la hermosa oirán y se enamoró de ella locamente, y diciéndole que deseaba elevarla al nivel de sus esposas, le anunció que estaba dispuesto á pagar cuanto exigiesen para lograr su deseo.

Esta noticia llenó de desesperación á los amantes, pues para ellos suponía el fin de su amor, la separación eterna. Estaban perdidos irremisiblemente, pues el príncipe de Satsouma era demasiado poderoso para que pensasen en resistir.

Con todo, Cerceta-de-Seda, procurando luchar, tuvo la idea de pedir para su rescate una cantidad extravagante, y declaró que únicamente se decidiría á seguir al príncipe si la compraba á peso de oro. El señor de Satsouma, que era un señor como ya no existen hoy, no hizo la menor objeción, y ordenando que construyesen balanzas á propósito, señaló el día de la marcha.

Llegado ese día terrible, Cerceta-de-Seda, presa de la mayor consternación, se puso en el platillo de la balanza pidiendo al cielo que su dolor la hiciese más pesada que el plomo. Se había llenado las mangas de piedras, y bajo su traje llevaba toda clase de objetos pesados, pero el príncipe, impasible, hacía amontonar el oro en el otro platillo, y pronto Cerceta-de-Seda, aga-

rrándose á las cuerdas, fué elevada en alto. ¡ La infeliz ya no se pertenecía !

Preciso fué marcharse y devorar las lágrimas en silencio. Magnífico cortejo la condujo desde el Yosi-Wara, al puerto, y, allí, la esperaba un hermoso junco empavesado con las banderas del príncipe.

Con los ojos turbados por el llanto la pobre Cerceta-de-Seda vió que la orilla se alejaba y que la ciudad en donde dejaba su corazón desaparecía. Y no podía creer que todo acabase así, que Kaido no intentase nada para verla por lo menos una última vez....

De pronto, una barca ligera y rápida se destacó de la orilla; con la vela hinchada por el viento volaba por encima de la mar, y velozmente se acercaba al pesado y majestoso navío. La pobre amante, con los ojos muy abiertos, seguía todos los movimientos de la barca: ¡ estaba segura de que él la gobernaba! Pero ya el príncipe se acercaba con una copa de saké en la mano.

— Princesa mía, — le dijo, — bebed por nuestros amores.

Pero ya ella distinguía el pálido rostro de Kaido. ¡ La barca se acercaba por momentos y el amante le tendía los brazos! Y entonces com-

prendió lo que de ella quería, y apurando la copa de un trago gritó :

— Para ti, Kaido.

Y se arrojó á la mar...

— Morir por aquel á quien se quiere me parece tan sencillo como respirar, — dice Joven-Sauce, la que parece un ídolo, á guisa de comentario : — mucho más terrible debe de ser, por lo menos yo lo creo así, soportar la desesperación, tener fuerzas bastantes para vivir con el corazón seco, vivir para realizar un designio secreto ú obedecer á un muerto adorado. Pensando esto, la historia que más frecuentemente acude á mi imaginación es la de La Princesa Desconocida, y entonces mi corazón se oprime, respiro penosamente, y tengo que hacer grandes esfuerzos para no llorar.

— Siempre te has negado á confiarnos esa aventura que sólo tú conoces, — interrumpe Ko-Morasaki, no sin amargura. — El misterio que envuelve á la que conocemos con el nombre de La Princesa Desconocida preocupa á todas las oiráns del Yosi-Wara y hace trabajar muchos cerebros. Esa curiosidad se calma á medida que pasa tiempo y el alejamiento tiende los velos que el olvido se encarga de aumentar : sin embargo, aun son lo bastante ligeros para que el menor soplo de viento los levante, y el

recuerdo los descubra entonces tan vivos como en los primeros días ; ¡ oh ! ¡ esa historia nunca contada debe ser interesantísima !....

— Puesto que Vaca-Yanaghi ha hablado la primera de este asunto, — arguye Guitarra-de-Jade, — debe contarnos la historia de la Princesa Desconocida. Nadie se mete el oro en el bolsillo después de habérselo enseñado á los mendigos.

— Ya que es todo poderosa, que nuestra reina ordene — dice Mariposita. — Que ella contribuya para que la curiosidad de sus súbditas sea satisfecha.

El Pájaro-Flor se vuelve sonriendo hacia Joven-Sauce cuyo rostro parece más que nunca, por su impasibilidad y sus ojos medio cerrados, la cara de alabastro de un ídolo, y le dice :

— Confieso que frecuentemente he pensado en esa misteriosa princesa, y que mi curiosidad real se une á la de mi pueblo.

— Mi intención no era otra que contaros la historia, — responde la aludida, — pero la extrema juventud de Ko-Tsío me hace vacilar ; antes tendria que pedir os juramento de que nunca repetiríais lo que puedo revelaros, y ¿ podría cumplir su promesa siendo tan joven como es ?

Del mismo modo que la serpiente se yergue después de haberse enroscado en sí misma, Mariposita, con los ojos brillantes por la cólera, se yergue en medio del círculo sedoso de los trajes.

— La niña que más pronto que muchas otras ha merecido el título de grande oirán, — dice con voz temblorosa, — tenía indudablemente cualidades que mujeres hechas, y sin duda menos favorecidas, tardan mucho en adquirir.

En su actitud de desafío se muestra encantadora, y completa su encanto el gran disco de oro que forma su peine por detrás de la nuca. Las cortesanas, tendidas en las esteras, la miran de pies á cabeza y sonríen satisfechas.

Únicamente el ídolo, siempre impasible, ni siquiera levanta la cabeza.

— No te enfades, Ko-Tsío, — la dice. — La caña joven, más hermosa que la rama ya formada, no se irrita por ser frágil. En mi inquietud se mezclan los remordimientos, pues la persona por la cual conocí la historia, hizo traición al secreto por amor mío ; y ya véis, yo voy á hacerle traición también por vuestra amistad, yo, que ya no soy el gracioso capullo sino la abierta flor.

— ¿ Quieres que me retire ? — pregunta humildemente Mariposita.

— Lo único que he querido ha sido que comprendiéseis la gravedad del juramento : ahora estoy tranquila.

— Gracias, y yo que tanto temo á la muerte, juro que quiero morir si no soy fiel.

Y con movimiento flexible y brusco, Mariposita se hunde de nuevo entre las espléndidas sedas de su traje.

— Te escuchamos, Vaca-Yanaghi, — dice Pájaro-Flor.

— Que las kamelos se alejen, — replica Joven-Sauce.

Y solamente cuando todas las jóvenes sirvientas han desaparecido y la puerta se cierra tras la última, empieza su relato.

IX

LA PRINCESA DESCONOCIDA